

Falenas: Aleteo de una aparición

Por Daniel Ortiz

Viejo océano de ondas de cristal, te pareces, guardadas las proporciones, a esas marcas azuladas que se ven en el dorso magullado de los grumetes, eres una inmensa equimosis que se muestra sobre el cuerpo de la tierra.

*Cantos a Maldonor - Conde de
Lautréamont.¹*

Perfume o miasma, esa brujería que conjuraban los hijos melancólicos de Saturno, al ofrecer sus heridas, engañaba los sentidos. Vivir y existir bajo el signo del planeta más lento, dentro del espacio mercurial, implica este sentido de pérdida, de falta incluso cuando está todo presente, no es comparable con trastorno, una sensación de ausencia dentro de la existencia plena, de búsqueda, de consumirse, aparecer, desaparecer, aleteo. Los griegos llamaban curiosamente a las mariposas *psiques*, palabra que se vuelve especialmente confusa, porque no se entiende de una manera unívoca. Como si, con la mariposa, quisieran significar una idea de sopló, aparición y desaparición, que pasa de ser un alma errante a sombra furtiva, fatalmente hacia la muerte.

Lo que atrajo mis ojos, cual si fuera una red para capturar, en *Manar* de Ingrid Seall, no fueron solo estos motivos modernos, que recuerdan al Art Nouveau, figuras coralinas, crepusculares: alargadas, etéreas, adornadas con actitudes delicadas, gráciles. Sino la irrupción, como un géiser, de una interrogante, que siempre llevo conmigo, esa eterna dicotomía abierta por el arte contemporáneo. Forma y contenido. ¿Cómo escribir el contenido, sin sacrificar la forma? ¿Cómo absorbo esa cocción de flores que capturan y digieren los pájaros, sin perder la conciencia? Ticio Escobar arroja una luz sobre este problema, con la idea de *marco incompleto*² propone una reconciliación entre estos dos aspectos. Retomando a Kant, que se preguntaba si el marco de una obra, forma parte de la misma. Esta repuesta la denomino como *parergon*, es y no es. Lo que no se mantiene en una categoría fija, sino que cambia constantemente. Este cambio constante, entre ser y no ser, me trajo a la aparición. De criaturas nocturnas, crisálida para esta ninfa resucitada, que siendo atraída por la luz se consume.

¹ Evocando estas imágenes de cicatrices y marcas, similar a cómo las falenas, son atraídas y perturbadas por la luz. Para sugerir como el océano y las falenas están marcados por una interacción con su entorno: el océano como un vasto impacto visible en la superficie de la tierra y las falenas como criaturas desorientadas por su atracción hacia la luz.

² Escobar, T. (2015). Imagen e intemperie (Cap. III). Clave Intelectual, Capital.



Se figura en la idea de una falena, persigue este fuego etéreo, la envuelve, pero nunca puede tocarla. Desfigura la imagen contra el tiempo. Este cardenillo se evapora y propaga en su aleteo. Respira en la contracción del suelo, nuestro corazón marca esa percusión, de diástoles y sístoles. Cuando cierro los ojos, veo estas apariciones, se contraen, brotan y laten. Me emborrachan. En el manar, flujo constante de nostalgia.

La falena es esta mariposa nocturna, de cuerpo delgado, ancho y débiles alas, fatalmente atraída por el fuego en su insatisfacción. Pulula y yerra en su vuelo, se consume y derrama. El arte es como la falena, tiene que desaparecer al contacto con la luz-verdad, juega en este desenvolvimiento poético. George Didi-Huberman utiliza la metáfora de las falenas para describir cómo las imágenes son atraídas constantes hacia algo, puede ser pulsión o verdad, surge de manera inesperada y evoca una presencia fantasmal, ignorando estos límites más allá de lo tangible. La aparición es este ritmo, de revoloteo en que se agita entre el ser y el no-ser, “habría que considerar toda aparición como una danza o como una música, como un ritmo, un ritmo que vive de agitarse, de latir, de palpitar, y que muere, más o menos, por la misma razón”³. Este momento casi de éxtasis, que se derrumba una vez llegado a su punto más álgido como la torre de babel. La fragilidad, soplo de brisa, transformación y aparición espectral. Esta aparición, desaparición, mana, respira. Se mueve de forma ondulante, entre dos posibilidades, la misma que una vez consumada, la devuelve a la vida. Para ayudar a entender estas premisas, puedo asociarlo con un concepto de Martin Heidegger denominado *Sagen und verschweigen*⁴, cuando describía cómo el ejercicio poético era una forma de revelación del ser, también de lo que no puede ser revelado articulados o comprendidos a través del lenguaje.

El arte es una aparición violenta que se derrama. Se agita, es tumultuosa, pero a la vez viaja en estas aguas tranquilas. Ahogándose en las formas coralinas. Ahogándome. Es una coagulación propia de la contracción proceso del latido, del batir de sus alas, brote o ecos de resonancia, disonantes. Para desvelar este arrecife que plantea Ingrid Seall hay que iluminar sus imágenes, en este baño de fuego. Reflejando su naturaleza transitoria, donde adquiere una presencia espectral que el ojo activo, alinea con la idea de esta existencia efímera, dibuja el final pero también un comienzo. Nunca viaje al mar, sin embargo, me zambullo dentro de este vapor violento de formas orgánicas. Este fluir constante, manar irrefrenable, puede ser visto, como nos menciona el texto curatorial, como manifestaciones que emergen de sus esculturas, figuras noctámbulas, que se alzan frágilmente en su vuelo de mal augurio. Los personajes inacabados muestran sus llagas que simplemente en formas físicas no pueden verse, flujo emocional de creación.

³ Didi-Huberman, G. (2015). Falenas: Ensayo de una aparición II (p. 12). Asociación Shangrila Textos Aparte. Cantabria.

⁴ Heidegger, M. (1989). Hölderlin y la esencia de la poesía (J. D. García Bacca, Ed.). Anthropos.



Se predispuso una cuestión, que intentara ser resuelta, la conciencia después de la resaca sensible. La preocupación como poder desligarse, pero a su vez permanecer dentro del acontecer romántico. El destino, como las tres hermanas fatídicas en *Macbeth*, nos advierte que las apariencias siempre son engañosas, podemos entender de esta forma al transpolar a las imágenes, que hay una línea trazada, pero también un azar que es engañoso. Sin embargo, cuando la imagen arde, se consume, solo quedan vestigios en la ceniza, esa reflexión pueril. Nos enfrenta frente al *imago*. Una herida abierta en la boca, una llaga y una coagulación, un deseo que te mira.

Hay un pasaje dentro de la *Odisea*, cuando Ulises, ya anticipando la llegada de las sirenas a su barco, pide a todos tapar sus oídos y que este sea sujeto al mástil principal. Para evitar ser arrastrado al fondo del mar. Inmediatamente del paso de este suceso, hay un momento de conciencia y reflexión devuelta. Del estupor, al encuentro con uno mismo. Las mismas imágenes si bien, siempre están abiertas a la interpretación, están sostenidas por esta fecha de caducidad, intensidad emocional. Lo que profiere esta vuelta al mundo, para de nuevo ser, imagen viva de recuerdo eterno. Nuestros ojos, no pueden consumirlo todo, no pueden devorarlo todo, cuando ya sacia su necesidad etílica, de manera intensa y absorbente. La devuelve a la cotidianidad, donde se esparce en pequeños fragmentos: “Que tu mirada devore lo que ve, como un hombre antiguo devora un pájaro augural, o estruja entre sus párpados el humor vítreo del halcón que acaba de cazar, para incorporar su vuelo. Tu mirada noctámbula es la red que jamás podrá cazarla”⁵. Manar persigue *lo que es*, pero su efímera existencia difumina la atmosfera en que se pierde al mover sus alas. Esta sensación de incompletitud es elusiva para nuestro intento de capturar y retenerla, porque se mueve constantemente dentro.

Cuando Vincent escribe a Theo, al encontrarse con una mariposa nocturna: “Ayer dibujé una gran mariposa nocturna, bastante rara, que se llama cabeza del muerto, de un colorido distinguido. Para pintarla, hubiera tenido que matarla y esto era una lástima, con lo bello que era el animalito”⁶. Comparte la atracción que tiene por esta belleza efímera, lo vulnerable, esta inclinación que simboliza una interacción dolorosa por lo bello, que puede llevar a la destrucción, en el punto donde es atraído por la luz. Este sacrificio de *lo que es* se derrama en todas partes, se deshace entre mis ojos para ser espuma, manar es esa imagen que brota, y se oscurece dentro del límite de mis párpados.

⁵ Didi-Huberman, G. (2015). *Fasmas: Ensayo de una aparición* (p. 169). Asociación Shangrila Textos Aparte, Cantabria.

⁶ Van Gogh, V. (1999). *Últimas cartas desde la locura*. (p. 117) Editado por Ediciones elaleph.com.